EL GORDITO

DescripciÃ³n

JesÃºs, que buena imagen utilizas en el Evangelio para que la lecciÃ³n nos entre por los ojos, porque vas a comer a casa de uno de los principales fariseos y ellos te observan de forma malintencionada para variar. Â Pero TÃº, no desperdicias la oportunidad y aprovechas para enseÃ±arles en ese punto que les cuesta especialmente a ellos.

Les dices:

â??Cuando alguien te invite a una boda, no vayas a ponerte en el primer puesto, no sea que otro mÃ¡s distinguido que tÃº haya sido invitado por Ã©l y, al llegar el que los invitÃ³ a ti y al otro, te diga:

Â«CÃ©dele el sitio a Ã©steÂ» y entonces empieces a buscar, lleno de vergÃ¼enza, el Ãºltimo lugar.

Al contrario, cuando te inviten, ve a ocupar el Ãºltimo lugar, para que cuando llegue el que te invitÃ³ te diga: Â«Amigo, sube mÃ¡s arribaÂ».

Entonces quedarÃ¡s muy honrado ante todos los comensales. Porque todo el que se ensalza serÃ¡ humillado y el que se humilla serÃ¡ ensalzadoâ??

(Lc 14, 8-11).

Los pobres fariseos son unos orgullosos. Pero JesÃºs, tambiÃ©n yo lo soyâ?¦ Â¿No crees que tÃº tambiÃ©n lo eresâ?¦? Yo creo que tambiÃ©n nos viene como anillo al dedo la lecciÃ³n a ti ya miâ?¦

AceptÃ©moslo, nos gusta quedar bien, llamar la atenciÃ³n, que se dirijan hacia ti las miradas, que se te consulten a ti las cosas, que la gente comente cosas buenas de ti, que se te tome en cuenta (Â¡muy en cuenta!).

Que si te invitan tengas un puesto o â??el puestoâ??, de honorâ?¦

A ver, no es que todas esas cosas sean malas. Lo malo es que nos hinchen de orgullo. Que, de ser algo puramente marginal, secundario, se conviertan en la razÃ³n por la que hacemos las cosas.

Â PARA MÃ?, CON EL APRECIO QUE ME TENGOâ?¦

Yo pienso que eso ya no es un quererse a uno mismo, sino un enamorarse enfermizamente de uno mismoâ?¦ Ser un narcisista sin que llegue a ser patolÃ³gico, pero sÃ que es enfermizo para el alma.

Como cuentan de aquella dedicatoria que hacÃa el autor, como suelen hacerlo, en las primera pÃ¡gina de su libro: â??Para mÃ, con el aprecio que me tengo>â??â?¦

Bueno, parece de chiste. Pero a algo asÃ podrÃamos llegar si nos descuidamosâ?¦

Es cierto que a todos nos causarÃa vergÃ¼enza (algunos mÃ¡s, algunos menos, dependiendo del carÃ¡cter de cada uno) que nos quitaran de un lugar para cederlo a otro en una cena o un evento importante.

Pero eso, al final, se pasa. Un momento de bochorno y ya.

En cambio, para el orgulloso aquello serÃa casi el fin del mundo. Le darÃa vueltas y vueltas. VolverÃa a revivir aquel momento una y otra vez en su imaginaciÃ³n; pondrÃa pensamientos en las mentes de quienes estaban allÃ y se avergonzarÃa todavÃa mÃ¡s.

QuiÃ©n sabe si hasta alimentarÃa un pequeÃ±o resentimiento hacia el anfitriÃ³n. Llegando, incluso, a la conclusiÃ³n que con aquel gesto â??me ofendiÃ³â?? porque â??no deberÃa haberme hecho eso en

pÃºblicoâ??â?¦ o â??no de esa maneraâ??â?¦

QuÃ© complicados podemos llegar a ser. Y cÃ³mo pesa el aparecer, el figurar, o el aparentar las impresiones que doy o que creo darâ?¦

HUMILDAD

Â¿CuÃ¡l es la receta contra esto? Humildad.

El que se ensalza serÃ¡ humillado y el que se humilla serÃ¡ ensalzado.

Y ojo que, en una sociedad muy acostumbrada o inclinada a presumir por Internet o a travÃ©s de las redes sociales, esto puede costar un poco mÃ¡sâ?¦

El afÃ¡n de reconocimiento sale automÃ¡ticamente, no deja de ser bueno en el fondo, porque vivimos para lograr la estima de los demÃ¡s.

Pero la buena estima, esa estima que viene del amor; querer a los demÃ¡s y dejarme querer por ellos. Y eso no lo ganamos convenciÃ©ndoles de que somos mejores que el resto.

Ahora, el primer paso para no creernos mejor que los demÃ¡s es no querer aparentarlo.

Y piÃ©nsalo: Â¿de quÃ© me sirve aparentarlo? No somos el centro del universo ni tampoco hace falta que lo seamosâ?¦

Te comparto un relato que no tiene desperdicio.

RELATO

â??ConocÃ a un sacerdote llamado Fernando LÃ¡zaro, quien, como JesÃºs a los mÃ¡s sencillos del pueblo, siempre que predicaba lo hacÃa ***por medio de parÃ¡bolas*** *(Mt 13, 34).*

En cierta ocasiÃ³n tuve la gracia de ser su oyente. La prÃ©dica versaba sobre el contraste entre la pequeÃ±ez del hombre y la vil soberbia que lo empuja a considerarse Â«centro del cosmos y de la historiaÂ» (San Juan Pablo II).Â

Fernando LÃ¡zaro era de talla mÃ¡s bien baja y corpulenta o, segÃºn lo decÃa Ã©l mismo, Â«Â¡un gordito!Â»; la ocasiÃ³n en que lo escuchÃ© hablar fue durante el Ãºltimo retiro espiritual que predicÃ³ en su vida, pues morirÃa al mes siguiente.

Te transcribo lo que nos dijo:

Â«Vivo en una residencia de estudiantes universitarios. AdemÃ¡s de los directivos y los muchachos, tambiÃ©n estamos dos sacerdotes.

Guardo el automÃ³vil en un garaje vecino y todos los dÃas lo retiro para ir a diversas partes; al volver se lo dejo al encargado para que lo estacione en su sitio (son las reglas del lugar).

Pues bien, un dÃa pasÃ³ uno de los estudiantes de la residencia por la puerta del garage y el encargado preguntÃ³:

â??Â¿TÃº vives allÃ, en la residencia universitaria?Â

â??SÃÂ

â??Â¿Entonces me puedes hacer el favor de decirle al sacerdote que cuando devuelva el automÃ³vil no lo deje con la marcha puesta? Â Porque al encender el motor me da un Â«sacudÃ³nÂ» y hace varios meses que todos los dÃas me sucede lo mismo.

â??De acuerdo, se lo dirÃ©; pero en la residencia viven dos sacerdotes, Â¿a cuÃ¡l de ellos se refiere?

EL GORDITO

Â» Aquel hombre se quedÃ³ un momento pensativo, buscando un modo de identificarme, hasta que de repente se le iluminÃ³ el rostro y exclamÃ³ con total seguridad: â??Â¡El gordito!

Â» Es decir, la clave identificatoria de quiÃ©n era yo, eran sÃ³lo dos palabras: â??Â¡El gordito!

Â» FÃjate quÃ© injusticia, pues Â¿quiÃ©n soy yo para ese hombre a quiÃ©n todos los dÃas le dejo el automÃ³vil?

Â¿Soy un insigne sacerdote de la Iglesia CatÃ³lica? Â¿O el capellÃ¡n de una residencia de estudiantes? Â¿O el legendario Padre Fernando LÃ¡zaro? Â¿O el centro del cosmos y de la historiaâ?¦?

Â¡Pues no!.

Para que veas cÃ³mo es la vida, tras muchos aÃ±os de garaje en los que me he esforzado por saludar todos los dÃas a RaÃºl (nombre del encargado), delante suyo solo he conseguido ser simplemente Â¡el gordito!

Y seguramente un dÃa morirÃ© y dejarÃ© de ir al garaje por el automÃ³vil; y pasarÃ¡n los dÃas y RaÃºl se extraÃ±arÃ¡ de no verme; y, entonces, al ver pasar a uno de los estudiantes por la puerta del garaje, le preguntarÃ¡:

â??Â¡Oye! Â¿Y el gordito? Â¿QuÃ© es de su vida?

â??Â¡CÃ³mo! Â¿No sabÃa que muriÃ³ el mes pasado?

<â??Disculpaâ?¦ no lo sabÃa… cuÃ¡nto lo siento… Â¡Voy a rezar por Ã©l!

Â» Y tras decir esto volverÃ¡ a su vida cotidiana sin saber mi nombre; Â¡totalâ?¦ para quÃ© necesita saberlo!, si ante la salvaciÃ³n ***hay un sÃ³lo nombre bajo el cielo que ha sido dado a los hombres*** *(Hch 4,12): Â Jesucristo; pues el mÃo no le serÃ¡ necesario, ya que para rezar por mi alma le bastarÃ¡ con decir:*

â??Â¡SeÃ±or, a ese gordito que se muriÃ³, llÃ©vatelo al Cielo y olvÃdate de todas las protestas que te hice por sus torpezas al dejarme el auto con la marcha puesta!Â»

ALMAS QUE VALEMOS TODA LA SANGRE DE CRISTO

Por eso dice san JosemarÃaÂ que la humidad es aquella virtud que nos hace ser conscientes de nuestras grandezas y de nuestras miserias (Amigos de Dios, 94)

Conscientes de que al mismo tiempo que somos solamente Â«Â¡El gordito!Â», tambiÃ©n somos Â«almas que valemos toda la sangre de CristoÂ» (San JosemarÃa); y aunque tal vez sÃ³lo alcancemos a ser ante los demÃ¡s un simple Â«gordito innominadoÂ», el SeÃ±or, pese a la multitud, y tal como lo hizo con Zaqueo, con Bartimeo y con tantos otros personajes del Evangelio, no deja de llamarnos por nuestros nombresâ?¡â??

(Amor, soberbia y humildad, Pedro JosÃ© Chiesa).

Santa MarÃa, Madre nuestra, ayÃºdanos a ser humildes, a no creernos el centro del universo y de la historia, porque

Â«El que se ensalza serÃ¡ humillado y el que se humilla serÃ¡ ensalzadoÂ».